

dad de sus palabras, protestó en diferentes documentos diplomáticos, que circularon con profusión, de no tener la menor parte en la empresa de Ipsilanti, que anatematizó como acto de insensatez y locura, declarando á los griegos contaminados del espíritu revolucionario é indignos de las simpatías de los soberanos de Europa. En suma, no economizó medio de aparecer limpio de toda culpa en los acontecimientos que se preparaban en Oriente.

Quizás en el fondo, no renunciaba Alejandro á sacar partido más tarde de la crisis griega, creyendo tal vez que, á cambio de su actual complacencia, Austria se mostraría más acomodaticia en lo futuro á sus designios acerca del Imperio Otomano. La corte de Viena le dejó acariciar esta esperanza, apresurándose en el entretanto á aprovecharse de las buenas disposiciones que le demostraba. Por lo demás, no necesitó los cien mil hombres que aquél le prometiera y que ya iban de camino. La revolución de Cerdeña fué ahogada aún más rápidamente que la de Nápoles. Llamados como salvadores por Carlos Félix, invadieron los austriacos el Piamonte, sin pedir siquiera autorización á sus aliados, entrando en Turín, después de derrotar el día ocho de Abril, en Navara, al ejército nacional, que peleó con heroísmo, mas hubo de ceder á la superioridad numérica de sus contrarios. En seguida, un tratado, en debida forma, les dió derecho á ocupar por un período bastante largo el territorio sardo, como otro les permitió continuar en Nápoles. Italia entera quedó sometida de este modo á la voluntad de Austria y á aquel régimen discrecional, que era, á los ojos de Metternich, el ideal del gobierno. La revolución del Piamonte tuvo por epilogo las infames venganzas y crueldades que señalaban en todas partes la vuelta del régimen absoluto: los tribunales excepcionales, creados, y las comisiones militares, formadas, pronunciaron setenta y tres sentencias de pena de muerte y ciento cinco de presidio. Por fortuna, los jefes del movimiento habían conseguido escaparse, y sólo dos oficiales subalternos pagaron por los ausentes subiendo al patíbulo.

Los príncipes y sus ministros, reunidos en Laibach, se sintieron tranquilos y publicaron, el doce de Mayo, un manifiesto anunciando al mundo que habían concluido sus deliberaciones, inspiradas en la justicia y el desinterés y encaminadas á conservar la independencia de cada soberano, ó, como ellos decían, de cada Estado. En una circular dirigida á las potencias que no tomaran parte en el Congreso, les comunicó el secretario del mismo, Gentz, que la Santa Alianza se consideraría siempre autorizada á intervenir para defender la autoridad legítima contra la revolución, «no debiendo emanar los cambios útiles ó necesarios en la legislación y administración de los Estados sino de la voluntad libre, de la impulsión reflexiva é ilustrada de aquellos á quienes Dios ha atribuido la responsabilidad del poder».

Pocos días antes, el cinco del citado mes de Mayo, exhalaba su último suspiro Napoleón. La muerte del coloso causó impresión hondísima en amigos y adversarios. Las gran-

des potencias respiraron con desahogo. El emperador Francisco queriendo hacer olvidar el nombre de Napoleón y el del rey de Roma, prohibió que se llamara á su nieto el único hijo de Bonaparte, mas que *príncipe Federico Carlos*; le tuvo bajo su personal vigilancia, y le formó un patrimonio en Bohemia, de que aquél recibió el título de duque de Reichstadt. Los monárquicos franceses conceptuaron que ya nada debían temer, y Bichelieu amnistió á bonapartistas tan importantes como Bertrand, Lavalette y otros. No sabían los que celebraban el, á su entender, fausto suceso, que de la tumba del Napoleón histórico iba á surgir otro, transfigurado, ideal, legendario, más formidable que el de carne y hueso.